

LA HISTORIA QUE NOS UNE

Escritora y poeta española

picaveromontori@gmail.com

En estos terribles tiempos, en que el odio impera entre pueblos que fueron hermanos, conviene recordar que la historia nos ha unido a lo largo del tiempo a través de bebidas y alimentos, de la lengua, los libros sagrados, las civilizaciones, los mitos, la cultura, el arte, las costumbres... Pondré algunos ejemplos.

Empezaré por productos alimenticios tan universales como el café, el azúcar y las naranjas. Todos ellos venidos de oriente a occidente.

El café, *kajhua* en árabe, *kaphe* en turco, es de origen etíope, donde se cultiva desde el siglo XI, antes fue planta silvestre. De allí pasó al Yemen el siglo XV, las cofradías de sufíes (*taruq*) lo tomaban para mantenerse despiertos y tener más tiempo para su unión con Dios. La palabra *kajhua* significa estimulante.

Gracias a las peregrinaciones a la Meca, el café se extendió pronto por la península arábiga y los países islámicos. Primero se tomaba masticando sus granos, luego como infusión.

A Europa llega en el siglo XVII, de manos de los turcos. En 1652 se abren en Inglaterra las primeras cafeterías, en Londres y Oxford. A España y América arriba en el siglo XVIII. Los franceses lo sembraron en la Martinica hacia 1720, de donde pasaría al resto de Iberoamérica, siendo los principales productores Centroamérica, Colombia y Brasil.

La caña de azúcar ya se conoce en el archipiélago malayo (Nueva Guinea) en el 3000 a.C. Pronto se siembra en la India, de ahí que la palabra azúcar proceda del sánscrito, *sakjar*. En el siglo IV a.C. los persas ya conocen la pasta de azúcar cristalizada, que nutritiva y fácil de transportar endulzará a los soldados de Alejandro Magno, y a comerciantes, viajeros y marinos.

A España la traen los árabes, que la denominan *sukkar* o *asukar*. Desde 1279, Motril (Granada) será un importante centro internacional de producción.

A América la lleva Cristóbal Colón. Es una bonita historia o quizá leyenda. El descubridor llega en su primer viaje a la Gomera, islas Canarias, el 9 de agosto de 1492, para aprovisionarse y descansar. Allí conoce a la señora de la isla, doña Beatriz de Bobadilla, una noble dama castellana nacida en Medina del Campo (Valladolid) y protegida de la reina Isabel la Católica con quien había jugado de niña en Arévalo (Ávila). Cuentan que entre ellos brota el amor, y que cuando él reemprende el viaje hacia desconocidas tierras el 6 de septiembre, ella le regala unas cañas de azúcar para que las plante en su lugar de destino.

Algunos historiadores opinan que Colón las transportó en su segundo viaje. Pero lo cierto es que en 1501 ya se cultivaba la caña en La Española (Haití, Santo Domingo) y en 1510, en Santa María la Antigua de Darién (Colombia).

El duro trabajo de la recolección de la caña, la zafra, exige mucha mano de obra, mucho temporero que debe desplazarse hasta los campos. La palabra zafra es término árabe, *saфра*, que significa viaje, de él deriva safari, Su cultivo contribuyó a la necesidad de traer a América más esclavos africanos.

La palabra naranja procede del sánscrito, *naranga*, y el tamil, *naru*. El naranjo viene de China y del archipiélago malayo. En España lo introdujeron los árabes en su variedad de naranjas amargas, porque lo que valoraban especialmente era el aroma y la belleza de sus flores blancas, *azahar*. También su sombra apaciguadora. Se cultivaron especialmente en el sur, Con ellos cubrieron jardines, plazas y patios de mezquitas y palacios. *Patio de los naranjos* se llama todavía el de la mezquita catedral de Córdoba, el que lo fue de la mezquita de Sevilla, hoy catedral, y el del alcázar de esta ciudad. El aroma del azahar sigue perfumando las calles de nuestras ciudades del sur de España.

Los árboles de naranjas dulces llegaron después procedentes del sur de Italia y de Sicilia, territorios pertenecientes a la Corona de Aragón, y se cultivaron especialmente en el levante. De ahí pasarían a América. Por cierto, la palabra zumo tiene una doble procedencia, del griego *zumos* y del árabe *zum*.

Pero si hay algo que une a los pueblos es una lengua común y una historia compartida.

En las tierras que rodean al Mediterráneo, el *Mare Nostrum*, en sus islas, y en el Oriente Próximo y Medio, nuestros antepasados durante siglos hablaron en latín. Y compartieron una misma civilización, la romana. Tuvieron idénticas leyes, costumbres, modas, mitos, creencias, ciencia, filosofía, cultura, ciudades... A su vez, Roma era heredera de culturas más antiguas, orientales, griegas y helenísticas.

Vías, puentes, acueductos, templos, foros, teatros, anfiteatros, villas, termas, esculturas, mosaicos... son testigos, en espacios abiertos y en museos, de un espléndido pasado común en Estados que hoy se consideran ajenos e incluso enfrentados.

Dentro del limes romano, en torno al Mediterráneo, las comunidades judías se harían más numerosas en su segunda diáspora, tras la ocupación por Roma de Judea, convertida en una provincia más, y la destrucción de Jerusalén y de su segundo templo por las legiones de Tito, el 30 de agosto del año 70. El primer templo, el de Salomón, había sido destruido por Nabucodonosor, rey de Babilonia, siglos antes, iniciándose entonces su primer exilio. Desde hace 2500 años se fija su llegada a la isla de Djerba (Yerba) en Túnez, donde se conserva la antigua sinagoga de la Ghriba, aunque su edificio actual sea del siglo XIX, que sigue siendo hoy centro de peregrinación judía.

También al Egipto romano, y especialmente a Alejandría, llegarían nuevas comunidades. Sabían que en ese privilegiado lugar, cuna de la civilización, se había labrado el judaísmo, como cuenta su libro sagrado, el *Tanaj* o Biblia hebrea.

Según el Génesis, su primer libro, Jacob (Israel) envió a sus doce hijos, de los que proceden las doce tribus de Israel, desde Canaán (Israel, Palestina y parte de Siria, Líbano y Jordania) a Egipto a causa de la mala situación económica. Allí sus descendientes se establecerían en la ciudad de Ramesés, desde donde partirán, conducidos por Moisés (refiere el Éxodo), hacia la Tierra Prometida, Canaán. Fue hacia el año 1250 a.C., en el reinado del faraón Ramsés II. En tierras egipcias, en el Monte

Sinaí, llamado también Monte Horeb o *Yebel Musa*, Moisés recibió de Yaveh las Tablas de la Ley o Diez Mandamientos, base ética y jurídica del judaísmo y del cristianismo.

El mítico profeta, nacido en Gosen, el Bajo Egipto, es considerado como propio por judíos (Moshe), cristianos y musulmanes (Musa).

También bajo el imperio romano, y desde Israel, se extendería el cristianismo en los siglos III y IV de nuestra era. Y de allí llegaría el más extraordinario de los poemas, el *Cantar de los Cantares*, *Shir hashirim* en hebreo, un libro pequeño del *Ketuvim*, contenido en el *Tanaj* judío y el Antiguo Testamento cristiano. Al parecer inspirado en una serie de poemas y canciones de amor egipcias y mesopotámicas, ha sido y es fuente permanente de inspiración para místicos y poetas.

Siglos antes, en la Hispania romana, entre los años 169 y 152 a.C., el general Claudio Marcelo fundó una ciudad en la que se fusionarían con el tiempo diversas culturas. Fue *Corduba*, Córdoba, que sería capital de la Hispania Ulterior y de la Bética. Destruída en las guerras civiles, sería reconstruida y embellecida por el emperador Augusto con nuevo foro, templo y edificios civiles junto al puente del río Betis, el Guadalquivir.

La ciudad fue cristianizada como todo el imperio romano y cuando este cayó y a la península ibérica llegaron los visigodos, donde estuvieron templo y foro surgieron nuevos edificios adaptados a las nuevas necesidades, construcciones que aprovecharon los materiales y elementos de las anteriores. Así se levantaron, en los siglos VI y VII, la Catedral de San Vicente mártir, su baptisterio, el palacio del obispo y otras construcciones civiles.

Pocos años después, el 711, atravesaron el Estrecho de Gibraltar los musulmanes. El yemení Muza, con unos 7000 guerreros, y su liberto, el bereber Tariq, con unos 5000, poco arabizados y poco islamizados, algunos todavía cristianos. En pocos años Hispania se transformaría en Al Andalus y Córdoba sería su capital. De momento en la ciudad no se construyó la necesaria mezquita. Muza en el pacto de capitulación del 714 acordó con los cristianos, que a partir de entonces se llamarán mozárabes, que una parte de la iglesia fuera utilizada como mezquita y el resto siguiera con su uso habitual, siempre que los cristianos pagasen los impuestos que debían abonar como no musulmanes. Precisamente, para no pagarlos muchos se convertirían al Islám en toda la península; se les llamaría muladíes o maulas.

Hasta el 786 se mantuvo el acuerdo. Lo cambió Abderramán I, el primer emir andalusí independiente del Califato de Bagdad. Un sirio de la familia Omeya, huido de la matanza de Abul Abas al Safad, “el Sanguinario”, e hijo de una bereber. Quería una nueva mezquita más grande que la iglesia, la ciudad había crecido, y muy hermosa, que reforzase su poder. Compró a los mozárabes la iglesia y les cedió terreno para que se construyeran otra. Un ejemplo digno de imitar.

La mezquita Alhama de Córdoba se construyó a partir de esa fecha sobre la catedral de San Vicente, que le sirvió de basamento, y que allí sigue, utilizando materiales y elementos arquitectónicos de ella, como las columnas, algunas de las cuales eran romanas.

Los arcos empleados serán de herradura como los visigodos, pero más cerrados, arcos de herradura musulmanes. El sistema constructivo del alzado, el mismo que el del acueducto romano de los Milagros de Mérida, doble arcada superpuesta, la inferior a manera de entibo.

Estará orientada al sur e inicialmente tendrá 11 naves. Abderramán II las prolongará hasta el río, en la misma dirección. Los siguientes emires y califas la ampliarán y embellecerán. Las partes más hermosas se edificarán bajo el reinado de Alhaken II. Son los actuales *mihrab* y *macsura*, con sus bellas cúpulas, sus espectaculares mosaicos bizantinos y sus arcos polilobulados y entrecruzados. En tiempos de Almansur se añadirán 8 naves más, será su última ampliación. El año 988 la mezquita tendrá 19 naves y una extensión de 22.250 m².

Las guerras internas destruirán pocos años después el Califato, que se dividirá en reinos de taifas. Córdoba perderá su importancia, quedando reducida a ser la capital de la taifa de su nombre. En sus tiempos de esplendor había llegado a tener 400.000 habitantes, había sido la ciudad más importante de occidente y competido en oriente con Constantinopla y Bagdad.

Conquistada por Fernando III el Santo, padre de Alfonso X El Sabio, la mezquita será transformada en catedral, sin apenas modificaciones arquitectónicas, el 29 de junio de 1236 bajo la advocación de Santa María Madre de Dios. Hasta 1547 no se iniciará la construcción del edificio renacentista, también hermoso, en su interior, al que su arquitecto, Hernán Ruiz I, respetará en lo posible. En 1986, la mezquita catedral será declarada patrimonio de la humanidad. La historia que nos une.

Otro importante ejemplo de esta unidad se manifiesta en la comarca de la Moraña, tierra de moros, situada en el corazón de Castilla, en la provincia de Ávila. Su capital es Arévalo, con un importante patrimonio arquitectónico, especialmente de arte mudéjar (mezcla de artes cristianos y musulmanes), y el recuerdo de interesantes personajes históricos.

Uno de ellos, y de los más curiosos, fue “el mancebo de Arévalo”, un criptomorisco del que se desconoce el nombre, y que recorrió España como arriero. Pudo ser de origen judío, convertido al Islám y posteriormente, por obligación, al cristianismo. En 1534 los moriscos de Zaragoza le encargaron un libro sobre la mística islámica, la *Tafzira*, que escribió en aljamiado y con abundantes aragonesismos. También vivió en esta villa fray Juan Gil, nacido en ella en 1535, el fraile trinitario que dirigió el rescate de Miguel de Cervantes, tras cinco años de cautiverio en Argel.

La reina Isabel la Católica pasó su infancia en su palacio y en sus calles junto a su madre Isabel de Portugal, conocida como “la loca de Arévalo”. Había nacido a 25,9 kilómetros de allí en Madrigal de las Altas Torres, pueblo de la Moraña, el 22 de abril de 1451, en el palacio de su padre Juan II, transformado después en convento de agustinas. La imagen de la Virgen que en él se venera, Nuestra señora de Gracia, es una talla morisca. A pocos metros de distancia, en el convento de frailes agustinos, hoy destruido, murió de cáncer fray Luis de León. Era el 23 de agosto de 1591. Días antes había sido elegido allí prior de la provincia de Castilla.

Nacido en Belmonte (Cuenca) de padre judío converso, D. Lope de León, abogado y consejero real, y de madre cristiana, fue profesor, místico y poeta. Comentó el *Cantar de los Cantares* y lo tradujo del hebreo a la lengua vulgar, el castellano, lo que le conduciría a la cárcel de la Inquisición en Valladolid. En la Universidad de Salamanca uno de sus alumnos fue el carmelita fray Juan de Santo Matía (Juan de la Cruz). Juan había nacido a 20 kilómetros de Madrigal, en Fontiveros, el 24 de junio de 1542, en una familia muy humilde. Su madre, Catalina Álvarez, era una pobre morisca (musulmana convertida al cristianismo), tejedora de oficio, sobre todo de burato. Su padre, Juan de Yepes, un converso de rica familia judía toledana dedicada al comercio de sedas, que lo repudió y lo dejó sin medio de ganarse la vida por casarse con la morisca. Hasta tal punto, que murió de hambre junto con su hijo Luis. Ambos están enterrados en la iglesia parroquial del pueblo, la de San Cipriano. Eran malos tiempos en Fontiveros esos años de mediados del siglo XVI. El niño Juan se crió pequeño y raquítico.

La valiente Catalina, con él y con su hijo mayor Francisco, partió hacia Arévalo en busca de mejor vida, lo que no consiguió. Cuatro años después, en 1552, se iría a Medina del Campo, la rica ciudad de las ferias, en tierras de Valladolid. Gracias al buen matrimonio de Francisco su vida mejorará.

Allí Juan se educa, trabaja y termina por meterse fraile carmelita con el nombre de Juan de Santo Matía. Tras una estancia en Salamanca, cantará misa en Medina. El 15 de agosto de 1564 conocerá a Teresa de Jesús, que viene a la ciudad a fundar un nuevo convento de la orden de monjas que acaba de fundar, la de las carmelitas descalzas.

Busca quien le dirija la rama masculina de esa orden y lo encuentra en el frailecillo, que abandona su convento y con el nombre de Juan de la Cruz inicia su nueva vida como carmelita descalzo. El destino une a nuestros más grandes poetas místicos, ella tiene 49 años, él, 22. Teresa, nacida en 1515 en Gotarrendura (Ávila), también era hija de padre converso, Alonso Sánchez de Cepeda, que descendía de ricos judíos toledanos dedicados igualmente al comercio de paños. Su madre, Beatriz Dávila y Ahumada, era cristiana vieja y de origen noble.

En nuestros más grandes poetas místicos está presente Oriente y el *Cantar de los Cantares*. Teresa, como fray Luis, escribió unas meditaciones sobre él, y Juan lo saboreó a fondo y lo llevó a sus poemas: el *Cántico espiritual*, *Canciones del alma...*

“¡Oh, si él me besara con besos de su boca!
Porque mejores son sus amores que el vino.”

Cantar de los Cantares, 1.2

“¡Béseme con besos de tu boca
oh, Jesús mío y Dios mío!”

Meditaciones. Teresa de Jesús

“Tú me enseñarías,
y yo te haría beber vino adobado del mosto de mis granadas”

Cantar de los Cantares, 8.2

“En el interior de la bodega de mi amada bebí.
...Y allí nos entraremos y el mosto de granadas gustaremos.”
Cántico Espiritual. Juan de la Cruz.

Si alguien representa la esencia de lo hispano, ese es nuestro Juan. En él se unen las savias islámicas, judías y cristianas, y los resultados no han podido ser mejores. Es el patrono de los poetas en lengua castellana, y la pureza y profundidad de su poesía es tal que ha iluminado e ilumina a infinidad de cuerpos y espíritus.

Recorriendo en soledad las callejuelas del pueblecito por el que correteó de niño, escribí:

En el corazón de Castilla
nació un vergel de versos
y el tiempo se detuvo.

Con unos versos del más bello *Cantar*, y el alma acongojada por la estupidez y la maldad humanas, termino esta breve crónica.

“Fuerte es el amor como la muerte.
Sus brasas, brasas de fuego, fuerte llama.”
C.C. 8.6

“Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
ni lo ahogarán los ríos”.
C.C. 8.7

— — — — —